

## Sethunya prefiere a las chicas

Fue el titular lo que le llamó la atención:

### **MATAN A UN CHIMPANCÉ AL ESCAPAR DEL ZOO**

“Johnnie, un chimpancé de cuarenta y un años, fue abatido de un disparo por el personal del zoo después de que se escapara de su recinto... Cientos de visitantes tuvieron que encerrarse en sus coches. El suceso ocurrió por la mañana, poco después de que el zoológico abriera sus puertas... Uno de los empleados ha descrito a Johnnie como «un poco gamberro»”.

“Cuando se le preguntó al guarda por qué han tenido que matar a Johnnie, este afirmó: «La determinación de dispararle se ha basado en una decisión fundamentada. La dirección consideró que Johnnie representaba una amenaza real para las personas. Se ha iniciado una investigación para esclarecer la causa de la fuga del simio. Estamos todos consternados por la muerte de Johnnie»”.

Sethunya se imaginaba la escena en el zoo: muchos coches en el aparcamiento, turistas que salían de los autobuses cámara en mano, niños riendo y el clamor de diversas lenguas abriéndose paso a empujones para conseguir sitio en los Land Rover que los llevarían al lago artificial. El aire en lo alto de la colina le hacía sentirse más

cerca del cielo y, más abajo, un ejército de monos correteaba en grupos entre los arbustos. Un poco más lejos aún, los impalas y los duikers brincaban sobre la hierba.

Los visitantes iban por el camino de grava que discurría desde el lago hasta los recintos de los animales; los padres sujetaban firmemente las manos de sus hijos para mantenerlos a una distancia precavida de los más salvajes. Se agrupaban alrededor de la jaula de los chimpancés para escuchar, mientras el guía señalaba a Johnnie y a su compañera. Las cámaras dispararon sus *flashes*. Un niño se separó del grupo y se puso frente a Johnnie, golpeándose el pecho con los puños y gruñendo, hasta que su madre le dio una bofetada, lo arrastró de vuelta y el grupo continuó con la visita.

Luego Johnnie se escapó.



Sethunya reflexionaba sobre cómo se había marchado de la casa de su madre para convertirse en la mujer de Thato. Este era un buen hombre, tierno y atento, y cuando el padre Simon le dijo: «Puedes besar a la novia», le levantó el velo y la miró a los ojos, ella supo que la amaba y que su amor zanjaría esos otros pensamientos que a veces tenía.

Después de la ceremonia religiosa, volvió por última vez a la casa donde había crecido, se quitó los zapatos de tacón, se calzó unas sandalias planas y se cambió el vestido de

seda blanca por el atuendo tradicional, un *leteisi*, a fin de esperar junto a su madre al resto de sus parientes que debían entregarla a su familia política.

—Sethunya, tienes que ponerte algo en la cabeza.

Observó cómo su madre buscaba, en los cajones de la cómoda, un pañuelo con que cubrirle el cabello. También halló en el costurero un alfiler para el chal que debía portar sobre los hombros. Pudo oír cómo suspiraba mientras le prendía el broche.

—Por favor, escucha bien lo que te digan las mujeres, cariño —le había pedido su madre—. Ellas saben lo que es el matrimonio.

—No te preocupes, mamá. No te avergonzaré.

Su madre no respondió.

—Mamá, ¿por qué tú no vienes?

—No está permitido.

—¿Por qué no?

Pero Sethunya ya lo sabía, incluso antes de que su madre se lo dijera.

—Así es como debe ser.

Ya había llegado la tía de Sethunya para recoger a su sobrina; las tres permanecieron en la puerta de la casa familiar, tres buenas mujeres batsuanas, que miraban cómo era acarreado el baúl que su madre preparó, hasta la parte trasera de una furgoneta. Hicieron falta cuatro hombres fornidos para subirlo. Su madre lo había llenado hasta arriba con ropa nueva de cama que encargó de su catálogo especial: almohadones de plumón, sábanas blancas del color de la nieve con atractivas flores bordadas, un edredón

y varias mantas. Cuando llegó la hora de marcharse, Sethunya le tomó la mano.

—Confía en Dios —le dijo su madre—, y todo saldrá bien.

En la puerta principal de la casa de su familia política, un trozo de tela atado de forma triangular ondeaba en la brisa, para informar de que allí se celebraba una boda y que todo el mundo era bienvenido. En la veranda, las niñas cantaban: «*Monyadi wa rona. O tshuana le naledi*», «nuestra novia es tan bonita como una estrella».

Cuando Sethunya se dirigía hacia la casa, un grupo de hombres y mujeres se le acercó y la alzó en medio de un torbellino de faldas y pisotones. Cuando mitigó esta alegre bienvenida, los chicos y chicas más jóvenes continuaron con sus tareas dejando que las mujeres casadas completaran el último ritual del matrimonio.

Sethunya se sentó sobre sus talones, fiel al estilo tradicional de la aldea, flexionó las rodillas sobre un cuero de cabra y miró a las mujeres que la rodeaban. Le hacían recordar a su madre: la misma edad, envueltas en idénticos *mateisi* y con el cabello trenzado escondido bajo los *doeks*, con la misma convicción de que el matrimonio era el trofeo que premiaba a una buena mujer.

No sabía lo que iba a ocurrir, tan solo lo que había podido deducir de las conversaciones mantenidas, entre susurros, por las otras chicas que eran tan inocentes como ella: que las mujeres casadas iban a decirle lo que la sociedad esperaba de una buena esposa motsuana.

Se percibía su nerviosismo por la manera que tenía de jugar con su anillo de boda, le daba vueltas y vueltas, se lo

quitaba y se lo volvía a poner una y otra vez. Una mujer, que estaba sentada detrás, le dio una palmadita en el hombro y le susurró al oído: «*Ga e rolwe*»

Sethunya escondió las manos bajo sus muslos y sonrió. Sí, se acostumbraría al anillo y, como le había dicho aquella mujer, nunca debería quitárselo.

La hermana de su padre fue la primera en hablar.

—Cuando una mujer se casa, su vida cambia; debe dejar atrás a sus amigas solteras.

—Una esposa no le pregunta a su marido dónde ha estado cuando llega a casa.

—Una mujer debe cocinarle a su marido —dijo otra de sus tías.

—Darle un hijo varón.

—Cuidar de los padres de su marido.

—No hablar de su matrimonio con otras personas.

—Rezar.

Sethunya quería preguntar quién había creado todas estas normas. Pero ya sabía la respuesta. Así es como debe ser.

A continuación su suegra se levantó y deshizo el *doek* que llevaba Sethunya sobre la cabeza, reemplazándolo por otro que sacó de su bolso. Cogió una jarra de agua y un vaso vacío y empezó a llenarlo. El vaso se desbordó y el agua empezó a derramarse sobre el suelo arenoso, pero ella continuó echando agua hasta vaciar la jarra.

—Ahora eres mi hija y mi corazón se desborda de amor por ti —concluyó.

Sethunya sintió como las lágrimas le ardían mientras se ponía de pie para abrazar a su nueva madre. Sí, así es como

tenían que ser las cosas. Ahora nadie podía decir que prefería a las chicas.



Sethunya imagina a Johnnie saltar sobre las mesas de picnic, buscar la libertad, perseguir la luz del sol, y asustar a los hombres mayores que pasean por el parque de la mano de sus nietos.

El guarda —con sus sandalias de cuero desgastadas, calcetines blancos, rifle en mano— se cargó al chimpancé. Ella pudo oír la primera bala introduciéndose en el cráneo de Johnnie, sentir la segunda que atravesaba su corazón mientras lo veía correr, cada vez más despacio, como la repetición de una escena a cámara lenta en una película, hasta que se desplomó sobre el suelo delante de un letrero con la pintura desconchada que decía: «No dar de comer a los animales». La sangre formaba un charco alrededor de su cabeza negra como el carbón, Johnnie murió con los ojos abiertos.



—¿Qué ocurre? —susurró Thato. Se acercó un poco a Sethunya, sustrayéndola de su ensoñación, aunque ella aún

tenía la mente en el zoo, y se cuestionaba por qué el guarda no le había dado antes un aviso a Johnnie. Podía haber disparado al aire o quizá haberlo sedado como lo hacían en los documentales de animales salvajes.

Sacudió la cabeza, preguntándose si la bala que había atravesado el corazón de Johnnie le habría perforado el alma. Se cuestionaba incluso si los animales tendrían una. Sabía que Dios había facultado a las personas con almas y que iban al cielo al morir, si eran buenas en la tierra. Recordaba el Arca de Noé y cómo los animales habían entrado en ella de dos en dos. Si Dios salvó a los animales del terrible diluvio, quizá también les había dado alma, como a los hombres. Rezó para que la suya fuera al cielo cuando muriese porque cada día intentaba ser una mujer motsuana ejemplar.

Meditaba sobre el alma, Dios, la Iglesia y el padre Simon, cuando Thato la acercó hacia él.

—Sethunya...

Sabía lo que él quería, pero aún estaba pensando en Johnnie y tenía ganas de llorar, así que sujetó con fuerza el periódico para eludir el abrazo de Thato.

—Luego. Deja que termine de leer esto —susurró.

Reflexionaba con la posibilidad de que Johnnie debió de estar tan harto de que la gente lo mirara todo el día que colapsó. Debió de ver la puerta abierta y saltó hacia su libertad, motivado por el sentimiento de que estaba en un lugar al que no pertenecía. Anhelaría la ancha estepa, las grandes dimensiones de tierra, donde podía picotear hojas recién arrancadas de verdes matorrales. Querría cerrar los ojos y disfrutar mientras su compañera le quitaba las

pulgas, correr libremente con los otros de la manada, como hacían los chimpancés que vivían en libertad.

Sethunya tenía la certeza de que Johnnie solo quería regresar a su hogar, y aunque su hogar no era más que un recoveco en lo más profundo de su mente, lo reconocería cuando llegase allí. Lo sabría cuando llenara sus pulmones de aire puro y se sintiese vivo de verdad.

—No —dijo escabulléndose de los brazos de Thato. Estaba cansada de intentarlo. Lo había hecho ya demasiadas veces y rezado para sentir un amor distinto que al de un hermano, como el que sentía por su marido, pero no podía.

—Han matado a Johnnie, un chimpancé del zoo.

No esperaba que Thato entendiese la tristeza que llevaba en su corazón y que la volvía reacia a sus caricias. Sabía que no podría entenderlo, pero no le importaba porque, por otra parte, era un buen marido: paciente, amable y generoso. Hacía que se sintiera segura.



Cuando era apenas una niña, Sethunya llevaba vestidos de volantes y pequeñas flores que su madre le ponía. Y cuando su madre le pellizcaba el muslo y le decía «Siéntate como una señorita», cruzaba las piernas con firmeza y se estiraba la falda por debajo de las rodillas llenas de costras. Pero incluso cuando estaba sentada en la iglesia, escuchando la



«palabra», oía los gritos de los chicos que jugaban al fútbol en la calle. Deseaba que se acabara la misa para poder salir y verlos jugar.

«Gooooool!», aclamaban. Quería con todas sus fuerzas ir a jugar con ellos, pero su madre decía que las buenas chicas solo lo hacían al *netball*.

Kgomotso, su mejor amiga, jugaba al fútbol. Su madre decía que las chicas podían ser lo que quisieran, igual que los chicos. Caminaban juntas a casa, se cogían de la mano, saltaban y disfrutaban de la mutua compañía. Cuando las otras niñas hablaban de los chicos entre risitas nerviosas, ella solo pensaba en Kgomotso.

Y un día esta la besó, haciendo que Sethunya experimentase una sensación de tibieza en sitios en los que las buenas chicas solo hablaban entre susurros. Se le ponía la piel de gallina mientras ella le recorría la espalda de arriba hacia abajo con las manos. Notaba el calor en la punta de sus dedos, y el ardor en las mejillas.

Después de aquel beso, Sethunya había ido todos los días a casa de su amiga, deseando más, hasta el día en que un chico de la iglesia las vio y murmuró y murmuró hasta que los rumores llegaron a oídos de su madre. Esta habló con Sethunya con la expresión más triste que pudiera haber.

—Aléjate de ella, ¿me oyes? Una buena chica no se comporta de esa manera.

Aquella advertencia había sido suficiente.

—Ya no podemos ser amigas —le dijo Sethunya al verla. Atesoró el recuerdo de Kgomotso en el corazón e intentó alejarse de ella, pero Kgomotso no se marchó.

Sethunya rezaba. Iba a la iglesia y arrodillada frente a la Virgen María, pedía su perdón, pero las plegarias no reprimían sus sentimientos. Cuando no sabía a dónde más acudir, iba al confesionario y, con la cabeza gacha, hablaba.

—Perdóneme padre, porque he pecado. Hace ya tiempo que no me confieso... He tenido pensamientos impuros —titubea, y mientras dice aquello siente que las paredes de la pequeña habitación se contraen cada vez más, como si intentaran exprimir el pecado de su interior.

—He estado con una mujer. —Oyó los latidos de su corazón retumbando en su cabeza y añadió—: y estoy muy arrepentida.

Luego esperó mientras el silencio crecía hasta llenar la estancia. Sintió ganas de salir corriendo. Pero entonces, detrás de la cortina, una voz sentenció: «Veinte avemarías, hija».

Sethunya había rezado muchas más, hasta que las oraciones fortificaron la debilidad de su carne.



Sethunya volvió una vez más a leer la noticia sobre Johnnie y tuvo que retirar suavemente con la sábana las lágrimas que amenazaban con brotar. Qué boba era, llorar por un animal como si fuera una persona. Entonces pensó en Kgomotso. A veces, era una melodía lo que la traía a su memoria, otras, el lánguido caminar de una mujer.

Una vez iba en un minibús y creyó haber visto a Kgomotso apoyada contra un árbol. Piel de ébano, cabeza afeitada y aros gigantes como los que siempre llevaba en las orejas. Uno de los pasajeros comentó que odiaba a las mujeres que intentaban parecer hombres. «Mirad a esa de allí», dijo entre carcajadas. «Esa, lo que en realidad necesita es que un hombre de verdad le enseñe a ser mujer». El hombre sentado frente a ella se rio, y también la mujer que iba a su lado. Sethunya se hundió en su asiento, sacó un lápiz de labios de su bolso y cubrió de malva su vergüenza.

Sethunya sacude la cabeza tratando de relegar esos pensamientos, dobla el periódico con cuidado y lo apoya sobre la mesilla. Desliza las piernas fuera de la cama, lentamente, para no despertar a Thato.

Estaba saliendo de puntillas de la habitación cuando este la interrumpe:

—Dime, Sethunya.

Sethunya se quedó helada, a continuación se giró despacio hacia él.

—¿Decirte qué?

—¿Por qué te hago infeliz?

Deseó que Thato no hubiera dicho nada, que la dejase en ese lejano lugar en el que vagaba a veces, pero era su marido, así que por él sonrió, hasta que tuvo la sensación de que la mueca le llegaba hasta los ojos.

—¿Cómo puedes pensar eso? Tú no me haces infeliz. Solo pensaba. Los domingos me hacen reflexionar. Cuando era pequeña, estos días eran especiales para mí. Mi madre cocinaba pollo con arroz, y de postre comíamos guayabas y natillas. Me ponía vestidos con volantes y decía

que era «el día del Señor». Podía oírse a sí misma burbujeando como una olla de carne cocinándose a fuego alto.

—Pero es que *es* el día del Señor —dijo Thato, y empezó a cantar, bajito, para ella, el himno que habían cantado esa misma mañana en la iglesia. Aunque llevaban casados cinco años, su voz todavía tenía la habilidad de detenerla en medio de una oración. Debería haberlo seguido, envolver su voz con la de él. Sabía que eso era lo que él quería, pero en ese momento, los recuerdos de Kgomotso invadieron su mente, espontáneamente, sin desearlo.

—Ven. —Aun así, ella no se movió y Thato dijo de nuevo—: todo irá bien.

A continuación, se volvió a sentar en la cama. Deseaba poder deshacerse de su infelicidad. A veces, quería que él no fuera tan bueno, que hiciera lo que otros hombres, que salían a beber por las noches y regresaban al amanecer, o ni siquiera volvían; tenían otras mujeres y mentían y engañaban. Si Thato fuera así, ella hubiera tenido una buena razón para marcharse.

Pero sabía que nunca dejaría a Thato. Pensar en una vida sin él, la paralizaba. Por eso se quedó con la lucha de mantener a Kgomotso fuera de su mente, y para intentar no desear más de lo que tenía. La mayoría de las veces, lo conseguía, pero aquella noche, mientras dormía junto a su marido, Kgomotso regresó más vívida que nunca y perturbó sus sueños. En ellos, empezaron a perseguirla. Sus pasos hacían rugir la tierra, espoleándola a correr, para huir de aquellos brazos extendidos que querían darle alcance y amarrarla: su madre, el padre Simon, las mujeres

de ojos tristes con sus *doeks* en la cabeza. Ella corría cada vez más rápido, con la boca abierta, tragando aire para purgar el miedo que obstruía sus pulmones. Tropezó, pero logró levantarse y, según lo hacía, pudo ver una puerta al final de la carretera. Corrió hacia ella y de repente se sentía más liviana a medida que el miedo la abandonaba; corría tan rápido que los pies apenas tocaban el suelo. Por fin, estuvo al otro lado de la puerta. Miró hacia atrás esperando encontrar a Kgomotso, pero mientras la esperaba, la puerta se golpeó con un sonido metálico: el padre Simon la había cerrado y había tirado la llave.

Los sonidos de un lunes por la mañana la despertaron: el ruido del escobillón de su vecina que barría el patio, los minibuses con sus cláxones, los estudiantes riendo. Los bostezos de Thato. La acercó hacia él y ella se dejó. Sintió su calor, la familiar robustez y firmeza mientras la envolvía en un abrazo y besaba su frente.

Cuando salió de la cama, sonrió. El sonido de las zapatillas de Thato atravesaban lentamente el pasillo hacia el cuarto de baño. Sonrió de nuevo al oírlo cantar y notar que su voz se elevaba por encima del ruido del agua de la ducha. Eran las melodías de su matrimonio, que la envolvían como una colcha en una mañana invernal.

Se levantó y aireó las mantas como su madre la había instruido. Deshizo la cama, abrió el baúl y desenvolvió las sábanas blancas con bonitas flores rosas bordadas en los extremos. Pero, mientras lo hacía, oyó unas voces que empezaron a cantar: «A Sethunya le gustan las chicas. Sethunya prefiere a las chicas».

## Wame M. Molefhe

Nació en Francistown, Botsuana, y ha vivido casi toda su vida en Gaborone. Es escritora independiente y sus relatos han sido recogidos en varias antologías y revistas literarias. En 2009, publicó su colección de cuentos infantiles *Just Once* y, en el 2011, *Ve, cuéntaselo al sol*, su segunda colección de relatos cortos.



Su narrativa, “Sueños del color del arcoíris”, incluida en la antología *Ellas [también] cuentan* (2017, Baile del Sol) fue finalista del *PEN/Studzinski Literary Award*, en 2009, y publicada el mismo año, en la antología *New Writing from Africa*.

Su relato, “Sethunya prefiere a las chicas”, está incluido en la antología *Queer Africa*, que ofrece una visión sobre lo que supone ser gay, lesbiana o transexual en buena parte del continente. Antología traducida al castellano y publicada por Dos bigotes, en España, bajo el título de *Los deseos afines*.